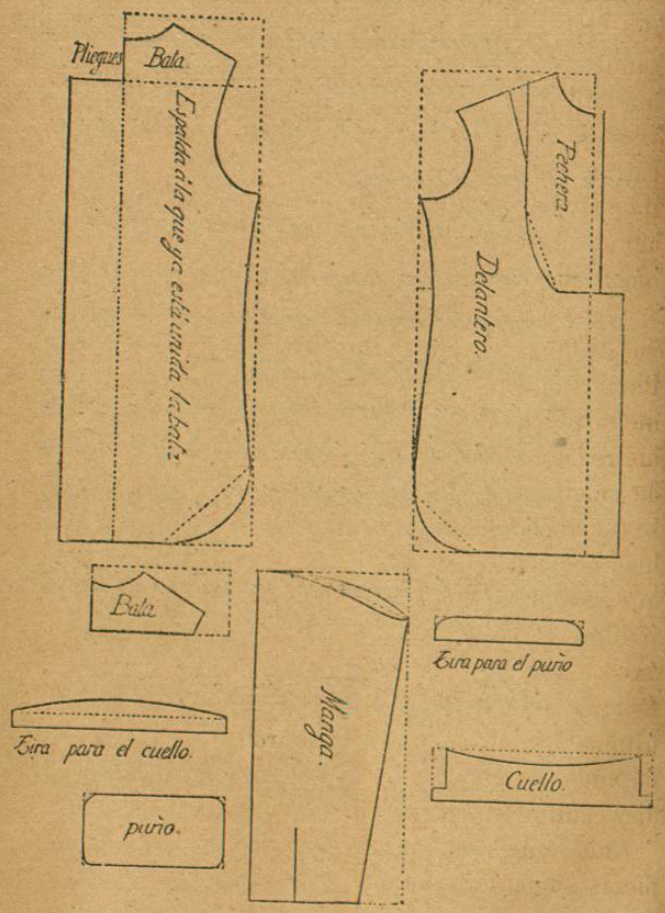
61. — Corte de camisas de hombre.



Piezas que componen una camisa de hombre.

No hace muchos días leísteis, mis niñas, un capítulo en el que se os explicaba la manera de cortar una camisa de mujer. Ahora, en este capítulo encontraréis las explicaciones necesarias para cortar una camisa de hombre.... ¿qué cuchichea por ahí esa niñita de ojos de cielo y labios de rosa?.... ¡Ah! Ya veo que hasta habéis podido reducir el tamaño del patrón, pues que la camisita que está presentando Raquel, es para una muñeca.... Bien, Raquel, me agrada sobre manera que vosotras apliquéis desde luego vuestros conocimientos.

Voy ahora á enseñaros á cortar una camisa para vuestro papá ó para cualquiera de vuestros hermanos. Para el efecto, y para que mi enseñanza sea enteramente práctica, he traído tres metros veinticinco centímetros de calicot para que hagamos realmente el corte de una camisa. Traigo también un apunte de cómo se toman las medidas, que hice en casa, y en el cual hice constar lo que sigue : *largo de la camisa*, medida que se toma desde la nuca hasta un poco abajo de la rodilla; *ancho del pecho*, que se toma de una á otra axila, por la parte delantera; *tamaño del puño*, *tamaño del cuello* y *longitud de las mangas*. Esta última medida se toma sobre el brazo doblado-pasando la cinta métrica por el codo hasta nueve ó diez centímetros arriba de la muñeca.

Una camisa de hombre consta de las siguientes piezas : delantero, espalda, mangas, pechera, cuello y puños.

Voy á cortar esas piezas en el orden en que os las he enumerado. Mirad : corto de la tela 97 centíme-

tros, que es el largo de la camisa, y este pedazo me servirá para la espalda. Para el delantero tomo solamente 92 centímetros, pues esta pieza debe ser un poco más corta que la espalda. Doblo ahora verticalmente por la mitad, el delantero, y siguiendo tal doblez vertical, hago un corte de 44 centímetros. Desde el punto á que llegó este corte mido horizontalmente, tanto á la izquierda como á la derecha, 7 centímetros y hago también un corte. La abertura así formada sirve para la pechera.

Cortemos las mangas : De este retazo de tela que me quedó después de haber sacado la espalda y el delantero, corto un trozo de un metro y 6 centímetros de largo por 50 centímetros de ancho, lo doblo horizontalmente por la mitad, y corto. Luego doblo verticalmente uniendo las orillas de la tela. Como las mangas deben ser un poco más anchas de la sisa que de abajo, voy á sacar unas nesguitas á las cuales daré un ancho de 7 centímetros en su base, ancho que iré disminuyendo hacia la parte superior de la manga, hasta terminar en uno ó dos centímetros.

Para el canesú corto una tira de 48 centímetros de largo por 18 de ancho, á lo largo de la tela, y doblo tal tira vertical y horizontalmente. Como voy á trazar una curva que será el escote del canesú, necesito dos puntos que me indiquen los extremos de tal curva. Marco el primero midiendo, desde el punto en que se cruzan los dos dobleces y siguiendo la vertical, 4 ó 5 centímetros. Para marcar el segundo punto, mido desde ese mismo punto de cruce, 19 centímetros

siguiendo el doblez horizontal. Trazo ahora la curva uniendo los dos puntos marcados, y hago el corte.... ¡ya está el escote! Para terminar el canesú sólo falta hacer un corte oblicuo partiendo del extremo superior de la curva y llegando hasta el punto que hayamos marcado midiendo 6 centímetros de abajo hacia arriba, partiendo del largo del canesú.

Para cortar el cuello traje este patrón que de antemano preparé. Es conveniente advertiros aquí que es muy bueno que hagáis las camisas de hombre con una tira solamente en el cuello, en la que pondréis un botón para sujetar el cuello postizo. Es ventajoso el uso de los cuellos postizos, tanto porque podrán cambiarse frecuentemente, pues es la parte de la camisa que más pronto se ensucia, como porque podréis comprarlos ya hechos, á un bajo precio, y ahorraros así tiempo y trabajo. Sin embargo, importa que no ignoréis la manera de trazarlos y me propongo enseñároslo en nuestra clase especial de corte. Por ahora me empeño en que veáis cortadas todas las piezas de una camisa de hombre, y como va á sonar la hora en que debemos terminar nuestra clase, urge que sea breve diciendo que para los puños, que es lo único que me falta cortar en vuestra presencia, voy á tomar cuatro tiras, dos para cada puño, de 10 á 11 centímetros de ancho y de 26 centímetros de largo, pues este es el tamaño que deseo darles.... Hable Ud. Altagracia; ¿qué se le ocurre?.... Es verdad; nada os he dicho del escote del delantero y el de la espalda. Con toda intención he omitido estos detalles, porque

sé por experiencia que es mejor hacer los escotes de la sisa y del cuello cuando se ha comenzado á armar la camisa, es decir, cuando están ya unidos el delantero y la espalda. En nuestra clase de costura os hablaré de lo que Altagracia desea. Ahora preparaos para trazar vuestros patrones.... Yo os ayudaré.

---

62. — La rosa y la amapola.

(FÁBULA DEL PENSADOR MEXICANO EXPLICADA, REFUNDIDA Y ANOTADA, POR MIGUEL SALINAS.)

Una amapola ufana
Á una rosa decía :
— « Mírame qué lozana
« Me ostento, prima mía;
« Á todos soy amable
« Á todos accesible y muy tratable.
« Y no tú, que aunque bella,
« Arrogante y pulida,
« Aunque del campo estrella,
« Te ostentas presumida,
« Y esquiva cuanto hermosa
« Te resistes á todos espinosa. »
Un muchacho maldito
En tal momento llega;
Provoca su apetito
La rosa, mas se pega

Buen chasco, pues se espina
Al cogerla, y la suelta y desatina.
Mas luego recobrado
De su dolor y susto,

Contempla sosegado
Todo el jardín con gusto,
Ve fácil la amapola,
Y la troncha y destroza su corola.
La pobre flor se queja
En idioma de flores;

Mas una y otra oreja
Tapó con sus olores
La rosa, y seria y fría
Con socarrona voz así decía :
— « Prima, si tú vivieras
« De espinas bien cercada,
« Si recatada fueras,
« No te vieras burlada,
« Ni de un pobre muchacho,
« Ni del indigno y necio populacho ».
« Sábete que las rosas
« Más bellas y fragantes,
« Las más lindas y hermosas,
« Se preservan constantes
« De cualquier mentecato
« Sólo con sus espinas y recato. »
Esto parece cuento;
Mas sin duda aseguro
Que habló con gran talento
La rosa, y aun lo juro :
Oíganlo las doncellas
Que tienen un lugar entre las bellas.

EXPLICACIÓN

En un jardín platicaban la rosa y amapola. Esta dice á la primera : Prima mía, mírame, soy muy amable con todo el mundo, soy accesible y muy tratable; mientras que tú, aunque eres muy bella y arrogante, aunque eres la estrella de los campos, te resistes á todos con tus espinas, eres esquiva, y esas espinas que tienes hacen que no todos puedan tocarte fácilmente.

Mientras platicaban las dos flores llegó un muchacho travieso, quiso cortar la rosa, pero la soltó luego y gritó porque las espinas le picaron las manos. Repuesto de su dolor, ve á la amapola, y como ésta no tiene espinas que la defiendan, con gran facilidad la cogió el muchacho, la tronchó y la despedazó.

Cuando la pobre amapola se quejó de su mala suerte, la rosa le dijo : Prima, si vivieras rodeada de espinas, éstas te defenderían y no serías destrozada por cualquier mentecato.

Las niñas deben ser como las rosas : para que no sean tratadas irrespetuosamente, para que tengan la consideración de todos, deben defenderse con sus espinas. Estas espinas son las virtudes que se llaman prudencia, discreción y recato.

---

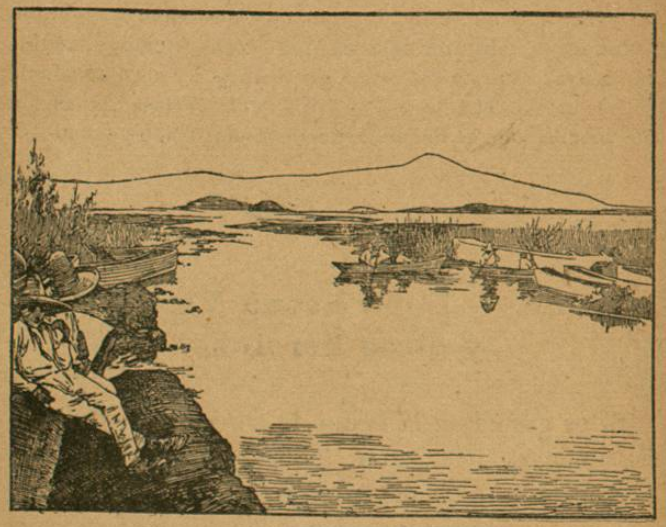
63. — Doña Leona Vicario y otras heroínas.

Si es grandiosa la figura de doña Josefa Ortiz de Domínguez, niñas mías, también lo es la de doña Leona Vicario y la de otras mujeres que se hicieron notables en el terreno del heroísmo durante la Guerra de Independencia, y de las cuales voy á hablaros aunque muy brevemente.

Doña Leona Vicario era hija de padres muy ricos y vivía en la ciudad de México. Desde la edad de 19 años comenzó á manifestar profundas simpatías por la libertad de su patria. Cuando supo que en Dolores estalló la revolución, pretendió entablar correspondencia con Hidalgo y Allende con objeto de

ayudarles de alguna manera, pero no pudo conseguirlo y la entabló entonces con otros jefes insurgentes*, á los que mandaba noticias importantes del movimiento del enemigo, y los auxiliaba también con dinero.

Para que sus noticias llegaran oportunamente,



El embarcadero en el lago de Pátzcuaro.

había establecido varios correos. En una ocasión fué interceptado uno de ellos, y doña Leona Vicario, temiendo ser aprehendida, se fugó y logró llegar hasta un pueblo algo distante de la ciudad de México. Hasta ahí la alcanzaron unos parientes y la disuadieron de su intento animándola á que regresase. Así lo hizo aquella dama y fué hecha prisionera y llevada

en calidad de tal, al Colegio de Belén. Ahí le formaron terrible causa, y por mil medios quisieron obligarla á que dijera los nombres de los insurgentes que le escribían con nombres supuestos; pero nada lograron. Ni los halagos primero, ni las terribles amenazas después, hicieron que doña Leona Vicario descubriera el nombre de aquellos con los cuales se comunicaba por escrito. Cada vez que sus jueces la hacían comparecer ante ellos, con objeto de arrancarle su secreto, aquella esforzada joven contestaba: « estoy resuelta á morir antes que entregar á nadie ».

Doña Leona Vicario logró evadirse de su prisión, gracias á la ayuda que para ello le prestaron algunos amigos, y permaneció oculta por mucho tiempo en México. Luego marchó á Oaxaca, tan pronto como pudo, y llegó á dicha ciudad, precisamente cuando estaba ocupada por Morelos.

En Tlalpujahua (estado de Michoacán) se casó con el joven yucateco D. Andrés Quintana Roo, hombre de excelente educación, de gran instrucción, eminente abogado é insigne poeta que prestó también grandes servicios á la causa de la Independencia nacional. La nación ha honrado la memoria de este ilustre patriota, dando su nombre al Territorio que, de parte del estado de Yucatán, acaba de formarse, y que se llama Territorio « Quintana Roo ».

El año de 1812 se estableció en Tlalpujahua una fábrica de armas. Los maestros que dirigieron aquella fueron enviados, según lo refiere uno de los biógrafos de nuestra heroína, por ella misma, quien, además,

sostenía á las familias de tales individuos. Los primeros gastos de fierro que se hicieron para fundir los cañones fueron con dinero de doña Leona Vicario, quien para proporcionarlo vendió casi todas sus joyas. A este propósito recuerdo, mis lectoras, lo que alguien ha dicho á este respecto al hablar del mérito de doña Isabel la Católica y de doña Leona Vicario.

— ¿Cuál de las dos mujeres es más grande? ¿Cuál mérito es más valioso? ¿Quién de ellas es más digna de la admiración universal? ¿Doña Isabel la Católica vendiendo sus alhajas para descubrir un Mundo, ó doña Leona Vicario haciendo lo propio para romper eslabón por eslabón, las cadenas que un pueblo soportara por espacio de tres siglos? ¿Cuál de las dos es más grande? Dígalo la Historia.

Otras mujeres hubo en la época de la Independencia acreedoras al hermoso título de heroínas. Oíd si no, un rasgo sublime:

Un jefe español hizo prisionero á un hermano de D. Ignacio Rayón, el defensor de Cóporo*, y ofrecíale á este valiente la vida del prisionero D. Franscisco, si en cambio entregaba la fortaleza. Rayón, cediendo á un impulso de amor filial, consultó el caso con su madre, y esta digna mujer en cuyo sér ardía inextinguible* y vivísima la llama del patriotismo, pronunció en contestación las siguientes palabras: «El deber del militar y del patriota es morir en defensa de su patria, y todo sentimiento contrario á este deber, debe sofocarse». Pocos días después, el rostro de doña Rafaela López Aguado de Rayón, que este era

el nombre de la heroína que en este momento nos ocupa, se veía surcado por el llanto; era que el cuerpo de su hijo D. Francisco yacía destrozado por las balas enemigas, y, sin embargo del intenso dolor que torturaba el alma de aquella señora, la entereza de ánimo no abandonó ni un momento á tan noble patriota.

En uno de los pueblos que se pierden en la sierra del Sur de nuestro país, estaba sitiado una vez por los realistas el general Catalán, al que acompañaba un puñado de valientes. El hambre había agotado las fuerzas de aquellos hombres, y aunque no carecían de valor, iban á entregar la plaza, pues el hambre devoradora los consumía. Cuando aquellos bravos veían la capitulación como lisonjera esperanza, se presentó la esposa del general, á la que llamaban *la generala*, seguida de un grupo de mujeres y habló á los insurgentes de esta manera:

— «No podemos pelear, les dijo, pero hemos hallado la manera de ser útiles á la patria; ¡podemos servir de alimento! ¡He aquí nuestros cuerpos que pueden repartirse como ración á los soldados! y al mismo tiempo que varios brazos le arrancaban el puñal que se llevaba al pecho, estrepitosos gritos de ardiente entusiasmo eran el aplauso á aquel rasgo sin nombre.

Todavía podría citaros, mis niñas, los nombres de otras heroínas, de las que os narraría sus hechos gloriosos; pero haría con ello muy largo mi capítulo. Vuestra bondadosa maestra lo hará por mí en sus

clases de Historia. Yo me limito á recomendaros que no olvidéis lo que un inteligente escritor y maestro os dice en su capítulo « El patriotismo » que hace muy poco leísteis. Leedlo de nuevo y en él veréis lo que estáis obligadas á practicar para demostrar vuestro patriotismo.

Insurgentes, así llamaron á los hombres que pelearon contra el gobierno español.
Cóporo, hacienda que pertenece al Distrito de Zitácuaro (estado de Michoacán).
Inextinguible, que no se acaba, que no se agota.

CUESTIONARIO

¿Quién fué doña Leona Vicario? ¿De cuántas maneras auxilió á los insurgentes? ¿Quién fué su esposo? ¿Qué pasó en el año de 1812 en Tlalpujahua? ¿Qué acto de gran mérito llevó á cabo entonces doña Leona Vicario? Citad otras heroínas y referid sus hechos.

TRABAJO EN SILENCIO

Decid lo que sepáis acerca de doña Isabel la Católica y comparad su acción de vender sus joyas para la empresa de Colón, con la acción semejante de doña Leona Vicario vendiendo las suyas para proporcionar dinero á los insurgentes.

---

64. — ¡Si supiera!

(MONÓLOGO.)

Sola, rica, libre, amada
al parecer, satisfecha
casi de lo que me brinda
la Fortuna, que es adversa
para otros seres, para otros
que parias* sobre la tierra,
van regando con sus lágrimas
de su Calvario la cuesta
ruda, abrojosa, tristísima,
sin que su alma desfallezca.
¿Qué me falta? mis anhelos
son cumplidos. No hay tristezas
que siembren luto en mi alma,
que mis cielos ennegrezcan.
Dicen que soy muy hermosa
y me entonan sus endechas
pulsando su plectro* de oro,
apasionados poetas.
Que mis ojos no son ojos,
me dicen que son estrellas
que fulguran cintilantes
con una luz tenue, excelsa,
que con un raudal de gracias
me donó mi hada benéfica
cuando llena de venturas
me posó sobre el planeta.